

# EL PENSAMIENTO RELIGIOSO DE RUBEN DARIO: UN ESTUDIO DE PROSAS PROFANAS Y CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

P O R

THOMAS WARD

*Brandeis University*

Hay varias maneras de experimentar o explicar el mundo en que vivimos. La primera es la que Julian Jaynes llama la mente bicameral. La segunda manera es aquella en que la mente es consciente. El ser bicameral no es consciente de sí. Entendemos por una mente consciente una mente que funciona por medio de analogía: «It operates by way of analogy, by way of constructing an analog space with an analog 'I' that can observe that space, and move metaphorically within it»<sup>1</sup>. Un hombre o una mujer consciente puede hacer decisiones personales por sí mismo, puede controlarse interiormente. El ser bicameral, en cambio, no puede hacer decisiones racionales porque no es consciente. No tiene que decidir porque los dioses lo hacen por él. Según Jaynes, «the gods take the place of consciousness» (OCBBM, p. 72). Realmente, «the gods were organizations of the central nervous system» (OCBBM, p. 74).

La teoría de Jaynes propone que en una época anterior a la actual consciente hubo una época bicameral. Para él, «at one time human nature was split in two, an executive part called a god, and a follower part called a man» (OCBBM, p. 84). Esta dualidad de la naturaleza humana coincide con la naturaleza de las religiones dualistas. El procedimiento dualista se puede fraccionar en muchos sistemas, por ejemplo, el sistema del cristianismo tradicional, el del judaísmo, el de la tradición esotérica o el del paganismo, sistema complejo que se divide en el de Pitágoras, el de Platón

---

<sup>1</sup> Julian Jaynes, *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1976), p. 65. En adelante, todas las referencias a este ensayo irán abreviadas en OCBBM, con la página entre paréntesis, en nuestro estudio.

y el de Aristóteles, entre otros. Con la evolución de la mente bicameral a una mente unicameral percibimos un proceso de las religiones dualistas a las monistas. Entre los sistemas monistas existen el budismo, el panteísmo y el racionalismo armónico de los krausistas. La doctrina de la unidad monista que nos interesa es la del panteísmo.

En cuanto a nuestra primera unidad, nos explica Ferrater Mora que «se llama más bien dualista a toda doctrina metafísica que supone la existencia de los dos principios o realidades irreductibles entre sí y no subordinables, que sirven para la explicación del universo»<sup>2</sup>. De los muchos sistemas que componen la unidad dualista, los que nos importan son el cristiano tradicional, el pitagórico y el esotérico.

La dualidad tradicionalista del cristianismo fluctúa entre el Bien, «una luz que ilumina todas las cosas» (FM, t. I, p. 83) y que es, pues, Dios (FM, t. I, 83), y el Mal, «un alejamiento de Dios causado por una voluntad de independencia respecto a la persona divina» (FM, t. II, p. 493) o, según San Buenaventura, es cuando «el hombre hiciera algo a causa de sí y no a causa de Dios» (FM, t. II, p. 493). Se puede decir que el Mal representa el cuerpo alejado del espíritu, siendo este último el aspecto celestial de la dualidad cristiana. O dentro de la teoría que vamos elaborando, el Mal se presenta cuando un ser humano no escucha a la autoridad divina que viene a él por medio de los vestigios de su mente bicameral.

Otra dualidad, la filosofía pitagórica, «opone lo perfecto a lo imperfecto, lo limitado a lo ilimitado, lo masculino a lo femenino, etc., y hace de estas oposiciones los principios de la formación de las cosas» (FM, t. I, p. 223). Los pitagóricos también proponen la dualidad entre el alma y el cuerpo. Según Dámaso Alonso, hay tres elementos esenciales en el sistema pitagórico. En primer lugar, «el alma era armonía»<sup>3</sup>. En segundo lugar, «el alma, a consecuencia de cierto castigo, había sido uncida al yugo con el cuerpo y en él como en una tumba colocada» (PE, p. 173). En tercer lugar, «los pitagóricos usaban la música para purgar el alma, como usaban la medicina para purgar el cuerpo»<sup>4</sup>.

Pero ¿cómo es esta música y de dónde viene? Según el sistema pitagórico, cada planeta es una esfera o rueda celestial. Cada esfera es como

<sup>2</sup> José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo* (Madrid: Alianza Editorial, 1983), t. I, p. 223. En adelante, todas las referencias a este libro irán abreviadas en FM, con la página y el tomo indicados entre paréntesis, en nuestro texto.

<sup>3</sup> Dámaso Alonso, *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (Madrid: Editorial Gredos, 1981), p. 172. En adelante, todas las referencias a esta edición irán abreviadas en PE, con la página indicada entre paréntesis, en nuestro estudio.

<sup>4</sup> Burnet, *Early Greek Philosophy* (London, 1920), p. 97. Citado en PE, p. 173.

una cuerda de una lira, de un heptacordio<sup>5</sup> o de cualquier otro instrumento delicado. La distancia entre las varias esferas es como la longitud de la cuerda (RD, p. 13). Pero volvamos a Dámaso Alonso para ver de dónde viene esta música:

Lo esencial es que esas esferas, al moverse, emitían una concordancia musical. No es un mito o una idea de la que nos podamos reír. Es una concepción de una belleza tal, que se abre como enorme pozo sin fondo. Y el alma se nos vierte por ella. ¡Ah no! A esa música, hoy silenciosa, Kepler y Newton le escribieron pentagrama; y Einstein, fugas y límites (PE, p. 175).

Así hay una sinfonía infinita del universo. Según la filosofía pitagórica, uno se puede acercar mística y bicameralmente a Dios al purgarse por medio de la armonía de la música celestial. Tal proceso ocurre cuando el alma «se nos vierte por ella», o sea, por dicha música.

Ya habíamos mencionado la oposición pitagórica entre lo masculino y lo femenino. Para el pensamiento pitagórico, «il y a un principe bon qui a créé l'ordre, la lumière et l'homme et un principe mauvais qui a créé le chaos, les ténèbres et la femme»<sup>6</sup>. De esta suerte, la sinfonía infinita del mundo, el hombre y el bien se oponen pitagóricamente al Mal y a la mujer. Como podemos imaginar, esta dualidad se presenta como un sistema divisorio no muy armónico. Es un problema, como vamos a ver, que Rubén Darío va a resolver.

El dualismo esotérico no se encuentra entre el ser humano y Dios ni entre el principio bueno que crea al hombre y el principio malo que crea a la mujer, sino que se presenta dentro de Dios, y paralelamente, entre el hombre y la mujer. De acuerdo con Cathy Jrade, vemos que

According to esoteric doctrine, though God is one, he acts as a creative Dyad and contains within himself the Eternal Masculine and the Eternal Feminine. Adam is similarly imagined as androgynous since he was made in God's image (RD, p. 38).

Esta tradición probablemente arranca del *Banquete* de Platón, donde Aristófanes explica que «... we are all like pieces of the coins that children

---

<sup>5</sup> Cathy Login Jrade, *Rubén Darío and the Romantic Search for Unity* (Austin: University of Texas Press, 1983), p. 13. En adelante, todas las referencias a este libro irán abreviadas en RD, con la página indicada entre paréntesis, en el texto.

<sup>6</sup> Simone de Beauvoir, *Le deuxième sex* (París: Éditions Gallimard, 1949), t. I, p. 7.

break in half for keepsakes — making two out of one, like the flatfish — and each of us is forever seeking the half that will tally with himself»<sup>7</sup>.

Ya hemos dicho que dentro de nuestra segunda unidad, la unidad monista, el sistema que nos interesa es el panteísta. El panteísmo es una doctrina relativamente nueva. La palabra «panteísta» fue empleada por primera vez en 1705, mientras que la palabra «panteísmo» fue empleada por primera vez en 1709 (FM, t. II, p. 597). El cristianismo es más antiguo, tiene mil novecientos ochenta y siete años de edad, y el paganismo va más allá todavía. Explica el panteísmo «que Dios y el mundo son la misma cosa, de modo que Dios no tiene ningún ser fundamentalmente distinto del mundo» (FM, t. II, p. 597). Es de notar que en el panteísmo no existe distinción entre alma y cuerpo ni entre el ser humano y Dios. El hombre y la mujer vistos por medio del panteísmo son conscientes de sí mismos y funcionan bajo autocontrol consciente. Todo es Dios, Dios es Todo y el mundo es el Gran Todo.

Hay dos tipos de panteísmo, uno de los cuales es el panteísmo ateísta, en el que «puede concebirse al mundo como la única realidad verdadera, a la cual se reduce Dios, quien puede ser concebido, entonces, como la unidad del mundo, como el principio (generalmente, 'orgánico') de la Naturaleza, como el fin de la Naturaleza, como la autoconciencia del mundo, etc. Este panteísmo es llamado 'panteísmo ateo' o 'panteísmo ateísta'» (FM, t. II, p. 598). El concepto de «autoconciencia» es importante aquí porque dista mucho del ser bicameral que vive en un mundo no consciente. Otro tipo que nos interesa es el panteísmo acosmita, en el que «puede concebirse a Dios como la única realidad verdadera, a la cual se reduce el mundo, el cual es concebido entonces como manifestación, desarrollo, emanación, proceso, etc., de Dios —como una 'teofanía'» (FM, t. II, p. 598). Es de notar que «el panteísmo tiende a la afirmación de que no hay ninguna realidad trascendente y de que todo cuanto hay es immanente» (FM, p. 598). Es decir, que el panteísmo tiende a negar la mente bicameral. Julian Jaynes explica el hecho por medio de la poesía: «The first poets were gods. Poetry began with the bicameral mind» (OCBBM, p. 361). Es decir, que «poetry then was divine knowledge. And after the breakdown of the bicameral mind (el panteísmo es un resultado de tal proceso) poetry was the sound and tenor of authorization» (OCBBM,

---

<sup>7</sup> Platón, *The Symposium*, en *The Collected Dialogues*. Editado por Edith Hamilton and Huntington Cairnes (Princeton: Princeton University Press, 1961), p. 544. Para examinar la totalidad del concepto en Platón, véase especialmente las páginas 542-546.

p. 363). La poesía pasa de una etapa sumisa a los dioses a otra consciente, en la que el poeta habla con la voz personal de su autoridad <sup>8</sup>.

Todos los elementos anteriormente mencionados aparecen en Rubén Darío. No son los únicos elementos espirituales en él, pero sí son los más destacados, y son los que forman el marco que constituye la superestructura del pensamiento filosófico rubeniano. Darío dice, en «Divina Psiquis», que su alma vuela «entre la catedral y las ruinas paganas» <sup>9</sup>. Y elogia «la profunda emanación del corazón divino / de la sagrada selva» (CVE, p. 838). La 'catedral' simboliza el cristianismo; las 'ruinas paganas' simbolizan, entre otras cosas, el pitagorismo, y la «emanación del corazón divino de la sagrada selva» es nada menos que el panteísmo moderno. La tradición esotérica se ve cuando Darío nos dice de la mujer que «en ella está la ciencia armoniosa» (CVE, p. 894). Es difícil creer que estos cuatro sistemas diversos puedan funcionar en el mismo plano, pero vamos a ver que el poeta nicaragüense buscó en el paganismo, en el cristianismo tradicional y en el pitagorismo el sentido del Mundo. Pero no lo encontró. No lo encontró porque estas maneras de percibir el mundo son perspectivas bicamerales, y la mente consciente de Darío se presenta en un nivel evolutivo tan alto, que no le sirve el pensamiento bicameral. Es en el panteísmo consciente donde el «yo análogo» de Darío puede experimentar el mundo. Pero también le quedaron en su profundo pensamiento vestigios del pasado humano bicameral, aprendidos en su niñez por su instrucción católica y en libros paganos. Es en la mezcla de tales elementos en la que

<sup>8</sup> Según la teoría de la evolución humana del filósofo positivista francés Auguste Comte, hay tres épocas en la evolución de la mentalidad humana. Ellas son: 1) la teológica, 2) la metafísica y 3) la positiva. El proceso descrito en nuestro estudio corresponde a las primeras dos épocas comteanas de la humanidad. El politeísmo y el cristianismo son dos estados de la primera época comteana, la teológica. Este filósofo, al explicar su segunda época, la metafísica, se refiere al «panthéisme systématique des écoles métaphysiques». Y precisamente es el panteísmo el aspecto de la época metafísica que nos interesa. En cambio, si Comte tiene razón en su descripción de una pretendida tercera época, la positiva, ésta no aparecerá en la poesía espiritualista de Rubén Darío.

En cuanto a la primera época humana, la teológica, véase el *Cours de Philosophie Positive*, t. V, vol. 50, «La partie historique de la philosophie sociale», en las *Oeuvres complètes* de Auguste Comte, y véase especialmente la «Appréciation générale du principal état théologique de l'humanité: âge du polythéisme», pp. 92-237, y la «Appréciation générale du dernier état théologique de l'humanité: âge du monothéisme», pp. 238-393. En cuanto a la segunda época de la evolución humana, véase la «Appréciation générale de l'état métaphysique des sociétés modernes», pp. 394-623, y especialmente p. 575.

<sup>9</sup> Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza*, citas de *Obras poéticas completas* (Madrid: M. Aguilar, 1932), p. 891. En adelante, todas las referencias a esta obra irán abreviadas en CVE, con la página indicada entre paréntesis, en nuestro análisis.

Darío encontró una síntesis que dio forma a su concepción personalísima de la religión.

Esta síntesis es lo que Anderson Imbert<sup>10</sup> y Jrade (RD, pp. 108-126) llaman el sincretismo religioso, el quinto elemento, del que nos preocupamos. Este sincretismo tiene que ver con el ocultismo. Escribe Jrade que los

Occultists hold that the basic assumptions of all religions can be reduced to *philosophia perennis*, that is, to a core of wisdom that has been the property of the wise since the beginning of time. They therefore believe in the fundamental unity of all religions and that each religion perpetuates through its emblems and allegories the same fundamental truths. This faith provided Darío with a framework with which he could aspire to discover a transcendental and unified view of the cosmos by reconciling Catholic dogma, which left an irrefutable and indelible mark on his vision of the world, with ancient esoteric belief systems (RD, p. 108).

Vamos a ver de inmediato que la visión unificada del cosmos que posee Darío no sólo sintetiza el dogma católico con los sistemas esotéricos, incluyendo en éstos el pitagórico, sino que lo sintetiza también con el panteísmo, la base de su pensamiento consciente.

Primero examinaremos los sistemas dualistas; después estudiaremos el sistema monista, y, en fin, indagaremos la actitud hacia la mujer, es decir, el androginismo, en la poesía de Darío. Esta actitud de Darío es, bajo la tradición esotérica, otro sistema dualista, aunque, como hemos visto, alejado de los otros dos por dualizarse dentro del mismo dios, en vez de ocurrir entre una divinidad y el ser humano. En «El reino interior» vemos la distinción entre cuerpo y alma:

Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura  
de la torre terrible en que ha treinta años sueña<sup>11</sup>.

La «torre terrible» simboliza el vil cuerpo humano, pero la dicotomía va mucho más allá de la de alma-cuerpo. El alma contempla las siete virtudes, mientras los siete vicios le atraen corporalmente. Ramón de García-

---

<sup>10</sup> Enrique Anderson Imbert, *La originalidad de Rubén Darío* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967), p. 198. En adelante, todas las referencias de este estudio irán abreviadas en ORD, con la página entre paréntesis, en nuestro texto.

<sup>11</sup> Rubén Darío, *Prosas profanas*, citas de *Obras poéticas completas* (Madrid: M. Aguilar, 1932), p. 80. En adelante, todas las referencias a esta obra irán abreviadas en PP, con la página indicada entre paréntesis, en nuestro trabajo analítico.

sol ha dicho que ésta es la lucha inacabable por la fe de Rubén Darío<sup>12</sup>. En el primer cántico de *Cantos de vida y esperanza* vemos el mismo conflicto entre el Bien y el Mal. Primero vemos el Mal:

Como la esponja que la sal satura  
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno  
corazón mío, henchido de amargura  
por el mundo, la carne y el infierno.

(CVE, p. 837)

Pero, esta vez, cuando aparece el conflicto, se resuelve inmediatamente:

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia  
el Bien supo elegir la mejor parte;

(CVE, p. 837)

Así que el poeta encuentra a Dios y, por consiguiente, la espiritualidad. Curiosamente, aquí, cuando el poeta ve bicameralmente el concepto de conciencia, no ve nuestra conciencia en función de la voluntad, como se la percibe modernamente, sino que la entiende solamente como el lugar en el que elige el Bien en vez del ser humano. Pero no descubre la paz en el Dios cristiano. Pregunta:

¡Oh, Señor Jesucristo!, ¿por qué tardas, qué esperas  
para tender tu mano de luz sobre las fieras  
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

(CVE, p. 355)<sup>13</sup>

Mas no sólo pregunta, sino que ruega al Señor que venga a extinguir la desarmonía y el desamor para reemplazarlos por la paz:

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo,  
ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,  
ven a traer amor y paz sobre el abismo.

(CVE, p. 856)

---

<sup>12</sup> Ramón de Garciasol, *Lección de Rubén Darío* (Madrid: Taurus, 1971), pp. 173-174.

<sup>13</sup> Esta edición «definitiva» no lleva signos de interrogación como debiera. Los he añadido según las normas de puntuación. Mi punto de vista aquí se ve apoyado por la edición de Ana Alcira Altavista, *Cantos de vida y esperanza* (Buenos Aires: Editorial Huemul, 1969), p. 43.

En «Spes» vemos su fe en Jesucristo, a la vez que su angustia vital. En Cristo busca espiritualmente la salvación:

Dime que este espantoso horror de la agonía  
que me obsede, es no más que mi culpa nefanda,  
que al morir hallaré la luz de un nuevo día  
y que entonces oiré mi «¡Levántate y anda!»

(CVE, p. 860)

Pierde su fe, y, por consiguiente, su angustia y agonía suben a un primer plano, al final de los *Cantos de vida y esperanza*, en «Lo fatal»:

... no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

(CVE, p. 919)

Cuando buscamos la razón por la cual hay tanto dolor en la vida poética de Darío, la encontramos en el hecho de que Dios nunca le contesta. El resultado del fenómeno es explicado por Octavio Paz: «Nacido en un mundo cristiano, Darío perdió la fe y se quedó, como la mayoría de nosotros, con la herencia de la culpa, ya sin referencia a una esfera sobrenatural»<sup>14</sup>. Es decir, que en el hueco donde estuvo la mente bicameral, donde estuvieron las respuestas de Dios, no hay nada más que una conciencia solitaria. Por esto, no hay «mayor pesadumbre que la vida consciente». Pero si Darío pierde la fe cristiana, no pierde la esperanza. Al lado del cristianismo tradicional vacío, usa otros métodos para encontrar una vida más espiritual. Enrique Anderson Imbert ya ha destacado que «en 'Palabras de la Satiresa' otra voz —ahora con figura erótica— da al poeta una lección del pitagorismo: ... debe reintergrarse a la esfera universal, que gira cíclicamente» (ORD, p. 94). Y esto es precisamente lo que procura hacer Darío. A continuación sería interesante repasar los tres puntos pitagóricos mencionados por Dámaso Alonso y ver su relación con la obra de Rubén. Con Octavio Paz veremos que «la nostalgia de la unidad cósmica es un sentimiento permanente del poeta modernista» (CS, p. 254). El poeta se acerca a la primera propiedad pitagórica al afirmar no sólo que tiene alma, sino que su alma es sincera:

si hay un alma sincera, ésa es la mía.

(CVE, p. 837)

<sup>14</sup> Octavio Paz, «El caracol y la sirena», en *Diez estudios sobre Rubén Darío*, editado por Juan Loveluck (Santiago de Chile: Zig-Zag, 1967), p. 272. En adelante, todas las citas de este ensayo irán abreviadas en CS, con la página indicada entre paréntesis, en nuestro estudio.



Darío nunca afirma que su alma es armonía, pero lo es. Descubrimos esta realidad en seguida. Recordemos que el segundo punto de Dámaso Alonso es que el alma está dentro del cuerpo «como en una tumba». Rubén habla a su alma y le dice que «prisionera vives en mí» (CVE, p. 890). El tercer punto alonsiano es el de la música celestial. Pues esta música celestial se halla en armonía con muchas cosas. En el primer canto a los cisnes, Rubén habla de las «tierras de sol y de armonía» (CVE, p. 867). En «Tarde del trópico» vemos que «la armonía el cielo inunda, / y la brisa va a llevar / la canción triste y profunda del mar» (CVE, p. 878). La música y armonía del cielo armonizan con la canción melancólica del mar: «Mar armonioso, / mar maravilloso», con su «salada fragancia, / tus colores y músicas sonoras» (CVE, p. 897). La música se oye en la «siesta del trópico. La vieja cigarra ensaya su ronca guitarra senil, / y el grillo preludia un solo monótono / en la única cuerda que está en su violín» (PP, p. 782). Todo en el mundo aparece como una «hacienda fecunda, plena de la armonía / del trópico» (CVE, p. 918). Según la idea que ya hemos notado en Anderson Imbert y en Dámaso Alonso, el alma del poeta debe armonizarse con la música del mundo. De esta forma puede purgarse, y lo hace por medio del mar y del bosque. Volvamos a «Marina»: «Mar paternal, mar santo, / mi alma siente la influencia de tu alma invisible» (CVE, p. 898), y al primer canto de *Cantos de vida y esperanza*, donde el poeta reflexiona:

Mi intelecto libré de pensar bajo,  
bañó el agua castalia el alma mía  
peregrinó mi corazón y trajo  
de la sagrada selva la armonía.

(CVE, p. 837)

Es por medio de la armonía de esta «selva» como el poeta procura purgarse. De aquí podemos elaborar un silogismo. Si el bosque y el mar son armonías y si el alma del poeta «siente la influencia» de esta armonía invisible, el alma del poeta tiene que afinarse a la frecuencia de la armonía del bosque, y por un proceso de resonancia, su alma es armonía. Así que Darío cumple con los tres puntos señalados por Dámaso Alonso. Sin embargo, así como el Dios masculino del cristianismo tradicional no era suficiente para el espíritu profundo de Darío, tampoco lo era el Dios cristiano aliado con el Gran Maestro, Director de la sinfonía celestial. Además, la armonía del bosque y la del mar no aparecen en las teorías pitagóricas. Lo que acaece es que esta especie de armonía procede de las teorías panteístas. Pero el panteísmo es mucho más amplio que la armonía

del mar y la del bosque, y, por tanto, falta algo: la intimidad. Por eso fracasa. El fracaso del espíritu dualista es completo en «Por el influjo de la primavera»:

¡Y todo por ti, oh alma!  
Y por ti, cuerpo, y por ti,  
idea, que los enlazas.

Y por Ti, lo que buscamos  
y no encontraremos nunca,  
jamás! (CVE, p. 876).

Fracasa porque falta otro estímulo y entra el panteísmo en toda su gloria.

Desde luego hay un problema en esto, porque hasta aquí hemos visto sólo aspectos dualistas en nuestro poeta, pero el panteísmo es monista. Para explicar este fenómeno hay que poner el asunto en perspectiva. Recordemos la evolución de las religiones dualistas: del paganismo y el cristianismo, a las religiones monistas, las religiones conscientes. La tradición esotérica pasa por dos de estas épocas. Pasa por el libro del Génesis, donde Dios crea al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza y llega a la modernidad unitiva. Durante la época de estas cuatro actitudes, la mentalidad humana ha evolucionado desde una mente bicameral a una unicameral. Darío experimentó con las dos grandes religiones dualistas que desembocan en la época antigua y en la Edad Media. Realmente aquí, según la teoría de Jaynes, el poeta recrea la poesía de los dioses. También usó el panteísmo, religión unitiva y moderna, en que Darío crea su propia poesía. Es desde esta actitud desde donde surgirá, inmediatamente después de Darío, el poeta que será un pequeño dios: Vicente Huidobro. Del mismo modo en que Darío usó dos religiones de dos épocas bicamerales, el paganismo y el cristianismo, también usó la mente que se encontró al final de la evolución, la unicameral y su producto religioso, el panteísmo. Ya que hay una evolución de la mente bicameral a la unicameral en la historia humana, Darío demostró la inutilidad de las religiones dualistas y la utilidad de la religión monista.

Nuestro poeta pide la salvación espiritual a Jesucristo, pero no encuentra la paz y, por tanto, trata de espiritualizarse pitagóricamente por medio de la armonía del mundo, pero esta espiritualidad no es suficientemente profunda e íntima para Darío. El desequilibrio entre el orden masculino y el propuesto caos femenino no agrada mucho a nuestro poeta. Tampoco le satisface la armonía inanimada del panteísmo. Ninguno de los dos métodos le tranquiliza. Darío sabe que la parte integral de una religión humana falta todavía. Darío logra la armonía, no por Jesús ni por la

música celestial inanimada sola, sino por la armonía terrestre, que tiene como elemento fundamental el erotismo carnal animado como otro valor positivo. ¡Ahora hay armonía! Es así: tanto la mujer, parte del mundo panteístico, como el hombre, parte íntegra de la «única realidad verdadera», aparecen como elemento fundamental en la poesía de Darío. La función de la mujer palpable en Darío es la «manifestación, desarrollo, emanación, proceso, etc., de Dios», es decir, la mujer, tanto como el hombre, como el mar y el bosque, es parte de la realidad verdadera. Pero no es solamente esto, sino que también la pareja humana representa las dos partes del Dios andrógino esotérico; se unen para evocar conscientemente a Dios. Pero aunque evocan a Dios, son conscientes de hacerlo. Dios no les manda; ellos, el hombre y la mujer, controlan juntos su comportamiento, que evoca la divinidad. Según Anderson Imbert, «el cuerpo del hombre participa desde entonces de esa dispersa sustancia divina. Por eso la sensualidad humana es legítima. La unión sexual humana llena la forma de la unión sexual divina, puesto que Dios hermafrodita se había dividido en potencias de macho y de hembra» (ORD, p. 90). Así, la divinidad panteísta es «la unidad del mundo»: da armonía al mundo y, por ende, al bosque. Pero el hombre no puede intimar con el bosque, necesita de la mujer para intuir diacrónicamente al Dios andrógino.

La razón por la cual vivimos, según lo que podemos ver en la poesía de Darío, es para evocar conscientemente a Dios, y como ya queda dicho, se necesita a la mujer para hacerlo. Por esta razón, según la doctrina panteísta, la mujer, como el hombre, como todo el mundo, es emanación de Dios. Por este motivo Darío no habla de la «carne» de la mujer, sino de la «celeste carne de la mujer» (CVE, p. 894). Y por esta «celeste carne», este «pan divino» (CVE, p. 894), «la vida se soporta, / tan doliente y tan corta, solamente por eso» (CVE, p. 894). Por esto, la armonía del bosque y la del mar no fueron suficientes para Darío. Sólo por la mujer podemos llegar a Dios, porque:

En ella está la lira,  
en ella está la rosa,  
en ella está la ciencia armoniosa,  
en ella se respira  
el perfume vital de toda cosa.

(CVE, p. 894)

No es Dios quien está en ella, sino la ciencia armoniosa, etc. En ella está «el perfume de toda cosa», porque, como hemos advertido anteriormente, ella es la única vía por la cual se puede llegar a Dios. Si ella se presenta como un polo magnético, el hombre se ve como el polo opuesto.

Ella puede ser este sendero místico porque ella es emanación panteísta del lado Femenino Eterno de Dios. Ella no tiene «ser fundamentalmente distinto» de Dios, y así, solamente este proceso de la mujer lleva al hombre al panteísmo esotérico de Darío. Lo que percibimos en esta poesía deliciosa es un erotismo divino. Durante la unión amorosa, el cuerpo de la mujer está unido al cuerpo del hombre y los dos evocan el estado andrógino de Dios.

Darío came to view woman as the source of all worldly knowledge and the attraction between man and woman as a path to perfection. A return to the union of male and female becomes a means of perceiving the prelapsarian primordial bliss of unity as well as intuiting the divine state (RD, pp. 92-93).

También es importante notar que es el amor de Dios, aunque partido en dos, lo que impulsa esta victoriosa unión. Pero ¿por qué el amor físico para evocar a Dios? Porque en este momento, el momento que produce «el sagrado semen» (CVE, p. 895), en el que el ser humano puede encontrar la paz, ocurre el momento en que el ser humano puede dejar su egocentrismo personal para enfocarse en el egocentrismo universal. En cuanto al acto amoroso, aporta Octavio Paz la idea de que «durante una fracción de segundo el hombre entrevé un estado más perfecto»<sup>15</sup>. Es el momento en que rompe la dualidad pitagórica hombre-mujer y forma la armonía perfecta; es el momento en que el hombre puede apartarse del tradicional sentimiento cristiano de la suciedad del sexo y gozar de la belleza de hacer el amor, al mismo tiempo que puede llegar a la forma exterior de la caridad católica y amar divinamente al prójimo tanto como a sí mismo. La mujer ha sido el camino de perfección en este proceso de misticismo panerótico.

No es que Darío niegue a Jesucristo o al Gran Maestro, el Director de la sinfonía celestial. Darío tiene «celeste Esperanza» (CVE, p. 840) en todos los aspectos del mundo, sólo que algunos aspectos le sirven mejor que otros. Darío ha encontrado el Bien en Jesucristo, que es la espiritualidad, pero no encontró la paz. Recordamos la figura erótica en 'Palabras de la Satiresa', que le manda reintegrarse a la esfera universal. Es con la mujer como Darío sintetiza la teoría pitagórica de la armonía celestial con la del panerotismo panteísta. Es esta misma mujer quien ayuda al poeta a reintegrarse a la armonía de la unidad total: la celestial y la terrenal, es decir, la paz interior, la armonía con su prójimo, la armonía con Dios,

<sup>15</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), p. 177.

y de ahí la armonía con el mundo. Es por este sistema que el poeta, conscientemente, con su mente unicameral, alcanza la paz total.

Todos los elementos aquí estudiados están integrados en el pensamiento de Darío. Algunos, como el cristianismo, el pitagorismo, el panteísmo y el esoterismo forman parte de su método de pensamiento activo. Otro, el ocultismo, forma parte de su método de pensamiento sintético-pasivo. Todos han sido experimentos *a posteriori*, que resultan en su sistema final. Todas estas partes impulsan el concepto del macrocosmos, que es la actitud vital de Rubén Darío.

Hemos visto cómo Darío intenta utilizar el pensamiento bicameral dualista para inyectar significado en el mundo. Pero como hemos observado, el pensamiento bicameral no le sirve a un ser unicameral consciente. Los dioses no pueden ser la voz de la autoridad del poeta consciente. Tampoco los dioses pueden ser poetas para el poeta consciente. Es el poeta unicameral quien dice con autoridad sus experiencias personales, el mismo poeta que tendrá que rechazar lo que no le anima para impulsarse por su propia cuenta. Lo hace porque puede ver la realidad y rechaza lo que no concuerda con lo que no ve por medio del «yo» análogo. Por esta razón es consciente. Es por medio del experimentar como Darío siente el hueco de las religiones dualistas. Como ser consciente, Darío puede palpar el mundo solamente si está en control de sí mismo. Por esto busca activamente la unión amorosa, porque por ella se siente el mundo, y así solamente es por la mujer como «la vida se soporta, / tan doliente y tan corta, solamente por eso».

